



Tijuana: la ciudad y la frontera

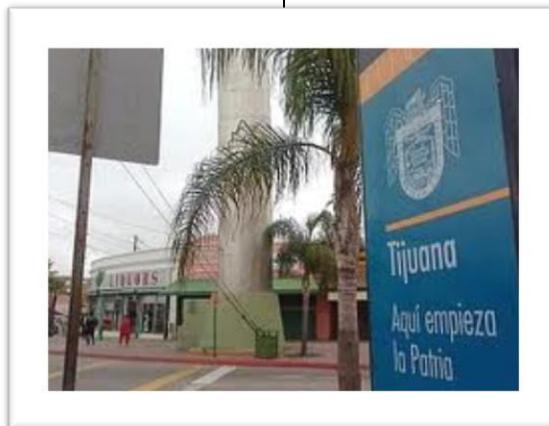
Jesús A. Castañeda

¿Dónde empieza la patria? Esta pregunta no tiene una respuesta inmediata; es decir, ésta es una pregunta que, como algunas otras, requiere que el interlocutor de la persona que cuestiona conteste planteando por lo menos otra pregunta: ¿cuál patria?... ¿la patria mexicana?

La geografía, que delimita y representa, puede dar pistas y hasta más de una opción como respuesta definitiva de la pregunta ¿dónde empieza la patria mexicana? O quizá muchas opciones, demasiadas. Tomemos una sola de éstas, pero no al azar: una respuesta que represente o diga algo más. Porque si uno censa geográficamente ciertos símbolos dirigiendo la mirada hacia los cuatro puntos cardinales de la patria mexicana, se topará ineludiblemente con una especie de *carta robada* a la vista de quien pueda y quiera ver. El escudo de la ciudad de Tijuana, ciudad fundada oficialmente el 11 de julio de 1889, tiene esta leyenda: "Aquí empieza la patria".

Es claro que la patria mexicana no empieza en San Miguel Allende, las

playas de Cancún, el Estadio Azteca o el Zócalo capitalino; éste podrá ser representativamente el corazón de la patria, o un centro neurálgico, a veces un escenario hepático o lo que se quiera, sobre todo en estos tiempos, pero hasta aquí: un aquí en el cual no empieza la patria. Quizá por esto un *político centrista mexicano* dijo en alguna ocasión, palabras más, palabras menos, que a sus *colegas de viaje* les daba pavor ir a Tijuana; pero que



a él no, que él sí asumía el reto y que cuando iba para allá lo hacía como un valiente que se dirige al lejano Oeste con las pistolas bien puestas, así como con la intención de hacer una entrada triunfal en una cantina (una cantina del lejano Oeste, se sobreentiende, lo que no es cualquier cantina). De la salida de esa cantina no recuerdo escenario alguno.

Si uno entra a Tijuana procedente de California, el *Golden State*, por la garita de San Ysidro, en donde no hay necesidad de presentar pasaporte o identificación alguna para ingresar (ahora se sobreentiende que

esto es de allá para acá, donde acá es Tijuana), sea uno extranjero o mexicano, probablemente en los primeros cientos de metros se tope con más de un escudo del municipio que incluye la leyenda aludida líneas arriba. Y dada esa alta probabilidad, existe otra probabilidad —condicionada— que se refiere al hecho de que ambos, el “diplomático” norteamericano (a quien nada más le doy el título de diplomático porque lo estoy comparando con el Pancho Villa que con sus pistolas —gringas— entró en el pueblo Columbus del estado de Nuevo México) y el mexicano que regresa de trabajar o que siendo residente en Estados Unidos de Norteamérica viene de visita a su país, pasen de largo la *carta robada*. Al primero le ocurre esto por más de una razón obvia: no saber leer en español, no interesarle en lo más mínimo o desconocer espantosamente todo lo relacionado con la geografía, etcétera, etcétera; y al segundo quizá porque obvia este *hecho-leyenda*: aquí empieza la patria.

Esta entrada a Tijuana desemboca —en una primera aproximación— en lo que actualmente es la canalización del Río Tijuana, y allende el río se encuentra el Palacio Municipal con todo y escudo y leyenda. Fue en las cercanías de este río donde se fundó y empezó a crecer dicha ciudad hace más de cien años. Ahí se encontraba el rancho de la Tía Juana, de donde fue derivado el nombre de la población. En esos alrededores y un poco más allá, el visitante encontrará el núcleo geográfico de la vieja Tijuana: el antiguo centro de la ciudad, las primeras colonias y

escuelas; la actual Casa de la Cultura cuyo edificio originalmente fue una escuela primaria a partir de los años veintes del siglo pasado, misma que fue llamada Álvaro Obregón poco después del asesinato del general sonoreense; hacia el Este (viniendo del Norte), el mar: las playas de Tijuana en el Océano Pacífico.

El recorrido a través de cierta línea recta viniendo desde la línea fronteriza o, dicho de otro modo, el recorrido por cierta línea perpendicular a dicha frontera desemboca en una línea o avenida mítica: la Avenida Revolución. Viajando a través de esta avenida, que en cierta vuelta del trayecto deja de ser Revolución para llamarse bulevar Agua Caliente y, luego, al subir una pendiente ya se denomina bulevar Díaz Ordaz, en una o un par de horas (todo depende del medio de transporte y el tráfico del momento) de viaje se llega

hasta los confines de la vieja Tijuana: la Mesa de Tijuana y la presa Abelardo L. Rodríguez. Desde luego que en este trayecto, hasta este punto, hemos dejado varias cosas o pistas sobre Tijuana.

En más de un punto de la presa de Tijuana podremos visualizar sin dificultad alguna el cerro Colorado que, entre tanto cerro, da cierta identidad a la ciudad. Si voláramos como los pájaros y nos dirigiéramos hacia la punta del cerro Colorado, el cual se encuentra relativamente cerca de la línea fronteriza con Estados Unidos de Norteamérica y a algunos kilómetros de distancia de la garita de San Ysidro, en nuestro vuelo podríamos censar somera



y geográficamente la ciudad y la frontera de Tijuana.

Una vez plantados en la punta del cerro, sin duda alguna, la visión geográfica de Tijuana tiene más claridad. Entre la garita de San Ysidro y nuestra actual posición se encuentra otra mesa o meseta famosa de Tijuana: la Mesa de Otay. Es en esta mesa donde se localiza la primitiva ciudad industrial de esta ciudad fronteriza: maquiladoras y más maquiladoras. No es casual que entre dicha meseta y las faldas de este cerro estén los asentamientos urbanos que han desbordado geográficamente los límites de la ciudad en el noreste durante las últimas tres décadas, ni que el punto medio entre el cerro Colorado y la Mesa de Otay sea prácticamente la central camionera de esta ciudad que recibe a miles de mexicanos –procedentes de muchas partes del país- todos los días. Por cierto, desde aquí se ve que en la Mesa de Otay se encuentran la Universidad Autónoma de Baja California, plantel Tijuana, y las pistas del Aeropuerto Internacional de Tijuana Abelardo L. Rodríguez... y si brincáramos lo suficiente, desde esta cúspide del Colorado veríamos que entre las cañadas de los alrededores de la Mesa de Otay hay unas lomas llamadas Lomas Taurinas.

Ahora bajemos del cerro.

Una pregunta que invariablemente hacen quienes no conocen Tijuana es si es verdad que esta ciudad es un gran burdel, o un conjunto de cantinas del lejano Oeste y/o de mala muerte, o capital del *crimen organizado*, o todo lo anterior. Éstas son leyendas, negras o rojas, sobre Tijuana; pero, como en toda leyenda, algo hay de cierto en ellas. Es decir, como en

prácticamente toda ciudad o población del mundo, en Tijuana hay burdeles, tugurios, cantinas y *crimen organizado*. Más aún, como en prácticamente toda población de la patria mexicana, actualmente en Tijuana hay guerra contra el *crimen organizado*. Estamos en guerra, pero ahora vayamos por partes.

La leyenda negra o roja sobre Tijuana no data de los últimos años, sino de muchos años atrás, prácticamente desde su fundación. Entonces ¿en qué quedamos? La ubicación geográfica de Tijuana delata una respuesta en una palabra: frontera. Y ésta es una frontera del lejano Oeste, frontera con los Estados Unidos de Norteamérica. En las fronteras se trafican armas, drogas, personas y todo lo que se pueda o deje; pero en sus *patios traseros* muchos hacen lo que en su propia casa o patria no los dejan hacer, al menos no en una primera aproximación.

La Avenida Revolución, por ejemplo, es mítica fundamentalmente por la cantidad de cantinas que tuvo y por haber contado con la barra (*La Ballena*) más grande del mundo en la década de los treinta del siglo XX, además de haber sido un lugar ampliamente frecuentado por marinos norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en este lapso temporal que va de los años veintes a los cuarentas del siglo pasado, al igual que en el intervalo espacial que recorrimos a vuelo de pájaro desde esta avenida hasta el cerro Colorado, hemos dejado varias cosas o pistas. Busquemos, por si la hay, alguna convergencia y dejemos de ¿perseguir bagatelas?

Junto con la Avenida Revolución, que aún pervive, otro símbolo de la vieja

Tijuana es el Casino de Agua Caliente, el cual fue construido en 1927 entre los estertores del periodo presidencial de Plutarco Elías Calles (1924-1928) y los albores del maximato (1928-1934), el verdadero primer sexenio del siglo XX en México. El último presidente bajo el maximato, el general y empresario Abelardo L. Rodríguez, otro sonorenses, fue uno de los principales socios de ese casino que pervivió poco más allá del maximato.

En realidad, en Agua Caliente había algo más que un casino: un complejo. El complejo de Agua Caliente contaba con casino, hotel, *bungalows*, balneario, campo de golf, hipódromo, galgódromo; desde otras partes de Tijuana se podía llegar a él no sólo por carretera, sino también en aeronave ya que contaba con un aeródromo, e incluso por ferrocarril. Enfocándonos tan sólo en el casino, aquello no era ninguna franquicia o casino de tres dólares, sino algo mucho mayor, equivalente, si se quiere ver así, a concentrar muchas franquicias de tres dólares que se convierten en miles y millones, en riqueza, tan sólo por el arte de la concentración y el juego o la economía de casino.



Antiguo hipódromo de Agua Caliente

Sumergiéndonos en una alberca...

¿Por qué se denominó Agua Caliente este complejo?



Casino Caliente en el actual hipódromo

Porque en los terrenos que compró Abelardo L. Rodríguez y donde se construyó el complejo, ubicados en parte de lo que fue el rancho de la Tía Juana, existían aguas termales.

Uno podría cerrar los ojos e imaginarse ese complejo, las aguas termales y sus visitantes. Sin embargo, hubo cámaras fotográficas que fueron enfocadas y con ellas se obtuvieron imágenes de Agua Caliente, y para visualizar esto basta la memoria, el recuerdo. Pero al igual que la imaginación, la memoria requiere de palabras...

La Avenida Revolución y el complejo de Agua Caliente, mientras coexistieron, se complementaron. Ahora bien, si dicha avenida fue una especie de gran barra para un *turismo rascuache* (por ejemplo: los marinos gringos en la Segunda Guerra Mundial), el complejo fue pensado y construido para un *turismo fino*, selecto y pudiente: desde empresarios y estrellas de Hollywood, hasta políticos, mafiosos y gánsters tipo Al Capone. Aunque el turismo internacional en Agua Caliente no se circunscribía a los norteamericanos, sí era mayoritariamente de esta manera.

Caminando por el bulevar Agua Caliente...



¿Por qué se dio eso en Tijuana?
¿Tan sólo por su ubicación geográfica?

Pues sí, y no sólo.

La historia se puede remontar a 1911, cuando en California, el *Golden State*, se prohibieron las cantinas y las carreras de caballo. Ya para 1920 en todo Estados Unidos de Norteamérica entró en vigor la famosa *ley seca* que prohibió la producción, el transporte, la venta, la exportación e importación y, desde luego, el consumo de bebidas alcohólicas. La *ley seca* estuvo en vigor hasta 1933 en Estados Unidos de Norteamérica, poco tiempo antes del ocaso del maximato en México.

“Los casinos, por su propia naturaleza, son focos de atracción del vicio, de mafias y explotación por parte de apostadores profesionales...”, decía el decreto con el cual el presidente Lázaro Cárdenas en 1938, tres años después de haber clausurado el casino de Agua Caliente y uno de haberlo expropiado, prohibió los casinos en todo México. Esa expropiación y ese decreto también fueron actos soberanos del gobierno de Cárdenas.

A la par de la clausura del complejo de Agua Caliente, Lázaro Cárdenas decretó la zona libre de comercio en Baja California, con el

propósito de fomentar el desarrollo demográfico y económico de la frontera, algo que en parte se logró. Originalmente el decreto cardenista contempló diez años de zona libre, pero éstos se extendieron hasta el año 1994: hasta la entrada en vigor del TLC que significó, para Baja California y otras fronteras, el fin o la muerte de la zona libre de comercio.

Entre la economía y el casino existen diferencias, algunas de las cuales tienen una correspondencia en los gobiernos de Lázaro Cárdenas del Río y Carlos Salinas de Gortari; mientras el fin del Casino de Agua Caliente significó, propiamente, el inicio de cierto desarrollo económico de Tijuana y Baja California a través de la zona libre, el fin de ésta y el inicio del TLC fueron la antesala del inicio del auge de los casinos-franquicias localizados en Tijuana y en todo México. Por cierto, es un mito decir que los casinos-franquicias en México dan empleo y excelentes sueldos a una gran cantidad de personas. A simple vista, geográfica y de nóminas, uno se daría cuenta que las infaustas maquiladoras salen mejor libradas que los casinos-franquicias, lo que ya es mucho decir.

De regreso de las playas de Rosarito, una ex delegación de Tijuana que se convirtió en el municipio más joven de Baja California hace pocos años... Pero ¿en qué parte de la actual Tijuana se localizaba el complejo de Agua Caliente? Donde hoy se encuentra el Centro Escolar Agua Caliente.

Adonde nos dirigimos...

A la par del desarrollo económico de la región, Lázaro Cárdenas también inició el desarrollo educativo en Baja California y el noroeste del país. Con la

expropiación de Agua Caliente se dio paso a la fundación de un instituto técnico industrial que era internado. Éste fue la primera escuela que se formó en Agua Caliente y que luego evolucionó para ser la “Escuela Secundaria Federal Número Uno, Presidente Lázaro Cárdenas”, mejor conocida como *La Poly*. El mote *Poly* no fue gratuito: se debió a que así era conocido aquel instituto técnico en Agua Caliente porque formaba parte de todo un proyecto educativo cuyo corazón y cerebro estaban en el Instituto Politécnico Nacional, también fundado por el general Cárdenas. Los politécnicos, los del Poli, eran los hermanos mayores de los estudiantes de *La Poly* (donde la i se vuelve, más que griega, conjunción). El desarrollo educativo se dio; junto con *La Poly* surgieron otra escuela secundaria técnica y una preparatoria, la única preparatoria federal en todo México: la Escuela Preparatoria Federal Lázaro Cárdenas, mejor conocida como *La Lázaro*. A estas escuelas se agregaron poco a poco: una escuela secundaria para trabajadores, una escuela primaria y un centro de educación especial. Todas estas escuelas, públicas y con décadas de existencia, coexisten y se complementan en el Centro Escolar Agua Caliente que se localiza a unos metros del bulevar del mismo nombre, poco antes de subir una pendiente en donde dicho bulevar, a la altura del Hipódromo de Agua Caliente (que hoy alberga un complejo que cuenta con un Centro Comercial Galerías, un estadio de fútbol profesional, centro de mítines políticos, un casino, entre otras cosas) ya se llama Díaz Ordaz.

En virtud de la importancia educativa del Centro Escolar Agua Caliente, en una de las entradas al

mismo, la que se localiza por el bulevar Agua Caliente justo donde existió la Torre de Agua Caliente que desde 1989 cuenta con una réplica en el entronque de dicho bulevar con la Revolución, se edificó y aún se encuentra el Monumento al Libro de Texto Gratuito, único en todo México.

Ya llegamos. Éste es el monumento...

Si “la revolución no pasó por Chiapas”, y este estado tuvo que esperar al gobierno de Lázaro Cárdenas para ver algo del reparto agrario, servicios de salud pública y educación, pues algo similar se podría decir de Baja California: aquí no pasó la Revolución mexicana. Sin embargo, en más de un libro de historia y en un monumento que se encuentra en el propio bulevar Agua Caliente se puede constatar que la historia política de Tijuana y Baja California en el siglo XX se remonta al año 1911.

De 1911 a 1989...

Si bien es cierto que en los inicios del siglo XX, antes del boom de las barras y Agua Caliente, Tijuana y el territorio de Baja California contaban con pocos habitantes, esto no fue óbice para que se protagonizara en esas tierras un singular episodio histórico de cierta importancia. En los estertores del porfiriato, de enero a mayo de 1911, en Tijuana y en Baja California ocurrió una invasión que desembocó en una rebelión y en la toma de las poblaciones (Tijuana, Ensenada y Mexicali) por los invasores. Tal invasión fue hasta cierto punto variopinta, pero también el bando de los defensores fue variopinto.

La incursión no era netamente de extranjeros, sino de mexicanos exiliados en California, cuya cabeza fue el célebre Ricardo Flores Magón, líder del Partido Liberal Mexicano, vanguardia

ética e ideológica de la Revolución mexicana. La realidad es que en esa incursión también hubo filibusteros, que así eran señalados por los habitantes de Baja California. Y si el bando de defensores también fue variopinto, esto se debió a que si bien en él hubo quienes podrían considerarse patriotas porque defendían (el territorio de) la patria ante una invasión *extranjera*, dicha defensa la encabezaban representantes locales del porfirismo. Es en este sentido que sí se puede afirmar que la revolución no pasó por Baja California; es decir, dicha revolución llegó parcial y fugazmente del norte, pero se frustró.

Siempre han existido dos leyendas respecto de los propósitos —distintos— que había detrás de la invasión: anexar el territorio de Baja California a los Estados Unidos de Norteamérica, *propósito filibustero*; y declarar una república socialista en la península, *propósito magonista*. Si esto último hubiese sido real y se hubiera avanzado en ese sentido, Baja California habría sido la primera república socialista del mundo. Sin embargo, hace ya décadas que el solvente historiador Jesús Silva Herzog escribió: “Un episodio que no debe pasar inadvertido en este breve relato, es la invasión de Baja California a fines de enero de 1911, por un grupo de mexicanos, norteamericanos y de otras nacionalidades, dirigido por Ricardo y Enrique Flores Magón. Este movimiento no tenía ninguna conexión con los maderistas de Chihuahua y de otras entidades federativas; fue del todo independiente y obedeció a ideas radicales de profunda transformación social [...] Según nuestras noticias, no es cierto que los Flores Magón intentaran formar una república

[socialista] independiente en la Baja California, como se dijo por aquellos días en algunos periódicos y posteriormente por escritores mal informados. Los Flores Magón se lanzaron a la lucha armada de acuerdo con los principios del anarquismo internacional, con la pretensión de que fuera la base ideológica para la reorganización económica, social y política de México”.

Pero al igual que en Chiapas, en Baja California la Revolución mexicana no llegaría sino hasta el gobierno de Lázaro Cárdenas.

Si en la escena internacional “el siglo XX terminó en 1989 con la caída del Muro de Berlín”, en la escena nacional Baja California protagonizó un hecho histórico, otro principio de otro fin, durante ese mismo 1989. Pero antes de esto, obviamente, algo más ocurrió.

En los estertores de su vida, el ex presidente José López Portillo se atrevió a decir que él fue “el último presidente de la Revolución mexicana”. Lo que en realidad debió haber dicho el ex presidente, es que él fue el último presidente del régimen que emergió de la Revolución mexicana posterior al sexenio del presidente Lázaro Cárdenas. Aún así, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo también ostentaron la presidencia bajo la férula de lo que quedaba de ese régimen y su partido: el PRI. Eso se llamó PRI-gobierno y ese régimen de partido de Estado no perdió ninguna gubernatura en todo el país sino hasta 1989; dicha gubernatura fue la de Baja California que ganó el panista Ernesto Ruffo Appel, un empresario nacido en San Diego, California, pero hijo de padres mexicanos (con algún “defensor de Baja California de 1911”

en su ascendencia), y alcalde panista del puerto de Ensenada de 1986 a 1989.

Sin embargo, entre el periodo presidencial del autodenominado a *posteriori* “último presidente de la Revolución mexicana” y el triunfo de Ruffo Appel y el PAN en Baja California, al igual que en toda la patria, hubo más historia. La alusión retrospectiva de López Portillo contenida en su afirmación tenía que ver con que a partir de 1982, “el primer sexenio de Carlos Salinas de Gortari”, se instauró en México un régimen neoliberal. El desastroso sexenio aludido (1982-1988) trajo consigo la salida del PRI de la Corriente Democrática encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y la maestra Ifigenia Martínez. Baja California fue una de las tres entidades federativas del país, junto con el Distrito Federal y Michoacán, donde oficialmente la candidatura de Cárdenas, del Frente Democrático Nacional, ganó la elección presidencial en 1988. En Baja California el fraude electoral operado a favor de Salinas de Gortari no pasó. Cárdenas obtuvo en aquel entonces en la entidad poco más de ciento cincuenta mil votos; Salinas, unos miles menos, y Clouthier alcanzó algo más de los cien mil votos. El triunfo del PAN en Baja California (1989) fue antecedido por las movilizaciones del neocardenismo, de la Corriente Democrática y el FDN en 1988. Más aún, ante la disyuntiva de operar un fraude electoral en las elecciones locales de 1989 en contra del naciente PRD en Michoacán o del PAN en Baja California, el régimen de Carlos Salinas de Gortari no dudó en escoger (algo similar se presentó tres años después: se reconoció el triunfo de Francisco Barrio y el PAN en Chihuahua, pero no

el de Cristóbal Arias y el PRD en Michoacán). El regente de Salinas en el PRI en ese entonces se llamó Luis Donaldo Colosio Murrieta, senador sonoreense.

Hay personas, sobre todo panistas, que dicen que Baja California fue “el estado pionero de la democracia en México”. Ésta es una verdad que hay que matizar, o una *verdad sectaria*, porque Baja California no fue el único lugar de la patria donde hubo pioneros y antecedentes democráticos. Esa frase filopanista puede pecar de miopía pero también de analogía lopezportillista. Curiosamente, algo que se menciona con menos frecuencia, quizá ya ni se menciona, es que en 1992 se utilizó por primera vez en todo el país una credencial electoral con fotografía y un padrón electoral confiable; pero esto, como el Monumento al Libro de Texto Gratuito, se localizó sólo en Baja California. Ese proceso electoral de 1992, con todo y padrón confiable, fue organizado por un instituto electoral local, no el federal aún en manos del régimen de Carlos Salinas de Gortari.

“... Fue un poder arrabalero, de pandilla. Desgobernó con los que fue a la primaria y a la universidad; y para tener contentos a los viejos políticos y ex gobernadores, invitó a sus juniors, aunque no supieran hacer nada. Les dio nombramientos y los puso a ganar mucho dinero.

“Cambió de jefes policiacos y de procuradores como de camisa.

“A todos les dio manga ancha y todos se embolsaron tanto dinero como pudieron. A unos los trajo del Distrito Federal, sin saber nada de Baja California [...]

“Los juniors encontraron en el gobierno de Xicoténcatl inmunidad por la vía de la influencia; se abrazaron al

narcotráfico para abrirle la puerta a otros imberbes que no podían caminar por no tener la complicidad federal: los Arellano Félix.

“Recién llegados de Sonora, habitaron un departamento en edificio de cinco pisos, al pie del fraccionamiento Los Olivos.

“Luego empezaron a meterse con los jóvenes cercanos a Xicoténcatl Leyva Mortera, hasta llegar a su hermano Edgardo, conocido popularmente como *El Bombi*.

“En 1985, sin lugar a dudas, Xicoténcatl Leyva Mortera abrió las puertas al narcotráfico y el crimen en Baja California”.

Éste es un juicio que sobre el último gobernador priista electo en Baja California, Xicoténcatl Leyva Mortera, hizo el experimentado y valiente periodista Jesús Blancornelas, codirector del semanario Zeta de Tijuana, cuyo lema es: “En Baja California, libre como el viento”.

Xico, sobrino del ex presidente Miguel Alemán Valdés (“cachorro de la Revolución”), no le entregó el poder a Ruffo Appel, a quien detestaba y le hizo la vida política imposible cuando éste fue alcalde de Ensenada (1986-1989). Una de las primeras acciones de Salinas de Gortari en la presidencia fue remover de sus cargos a los gobernadores de Michoacán, Luis Martínez Villicaña, y de Baja California, Xicoténcatl Leyva Mortera, semanas antes del *quinazo*, porque no le operaron eficientemente el triunfo oficial electoral en sus estados. Estas acciones, en ambas entidades con la impronta del narcotráfico, fueron un reacomodo de fuerzas políticas. A *Xico* lo sustituyó otro priista como gobernador interino: Oscar Baylón Chacón, que fue quien finalmente le

entregó la gubernatura al panista Ernesto Ruffo Appel en una ceremonia en la cual ya no llegó el ex candidato presidencial panista, Manuel J. Clouthier, *El Maquío*, porque un mes antes había muerto en un lamentable accidente automovilístico en su natal Sinaloa.

A pesar de ciertos avances democráticos representados por el panismo en Baja California, el problema del narcotráfico, complejo, pervivió en el estado. La propia administración de Ruffo Appel no libró la sombra del narco. En otro lugar, el mismo Blancornelas: “Con Ernesto Ruffo Appel, salvo la procuraduría que encabezó Krauss Coronel, el resto del sexenio estuvo bajo la sospecha de lazos con el narcotráfico [...] En lugar de cooperación, Ruffo tuvo enfrentamientos con la PGR [...] Por si esto fuera poco, Ernesto Ruffo nunca pudo quitarse de encima la sospecha de que su hermano [Claudio] mantenía contactos con los propios hermanos Arellano Félix”. Tal parece que la lógica del narco incluye “hermanos incómodos” en Baja California, en Michoacán, en Agualeguas, en todo México... El problema del narcotráfico pervive.

Quizá el clímax de Tijuana como capital del crimen ocurrió el 23 de marzo de 1994... ¡pero eso fue coyuntural, geográfico!

En 1992, como se mencionó líneas arriba, el panista Francisco Barrio ganó la gubernatura de Chihuahua, “el estado grande”. Más o menos por esas fechas, los hoy tristemente célebres feminicidios de Ciudad Juárez empezaron a sucederse en cantidades industriales, así como de maquiladora. Pero antes de esto, durante la toma de posesión de Barrio ante Carlos Salinas,

aquél se declaró salinista. Con los años, Barrio llegaría ser secretario de Estado en el gobierno de Vicente Fox: fue secretario de la Contraloría, pero nunca atrapó a ningún pez gordo. Sea como sea, los asesinos intelectuales de Luis Donaldo Colosio “tuvieron una deferencia” con Barrio Terrazas.

En 1994 sólo existían dos entidades en las cuales el PRI había perdido oficialmente las elecciones de gobernador: Baja California y Chihuahua. Dichas entidades las gobernaba el PAN, que también gobernaba el estado de Guanajuato cuyo gobernador interino era Carlos Medina Plascencia, pero éste llegó al gobierno a través de una *concertación* entre el PAN de Fernández de Cevallos y el PRI de Salinas de Gortari, no por el voto de los ciudadanos. El PRD tuvo que esperar hasta la salida de Carlos Salinas de Gortari de la presidencia para que le fuera reconocida su primera gubernatura que en realidad no fue sino la jefatura de Gobierno del Distrito Federal en 1997, la cual ganó a pulso el ingeniero Cárdenas, en parte debido a su tenaz y coherente oposición al régimen salinista. El caso es que de la misma manera en que Salinas tuvo que escoger entre hacerle un fraude electoral al PAN o al PRD, los asesinos intelectuales de Colosio, presumiblemente priistas, tuvieron que escoger entre elegir como lugar del crimen a Baja California o Chihuahua. Esta hipótesis se lee así: los asesinos intelectuales no fueron panistas ni perredistas, fueron priistas o simples simpatizantes del PRI, “el partidazo”. Y en la misma lógica, si por azares del destino el PRD hubiera tenido alguna gubernatura, digamos Michoacán, en aquel entonces, ¿dónde hubiese sido

asesinado Colosio, sobre todo si el asesino material, Mario Aburto Martínez, era de Michoacán aunque vecindado en Tijuana? En cuestión de magnicidios, pero sólo de magnicidios, Chihuahua fue descartada desde tiempo atrás.

Y el 23 de marzo de 1994, por la(s) pistola(s) de “haiga(n) sido quien(es) haiga(n) sido”, en las Lomas Taurinas del lejano Oeste (léase Tijuana), fue descartado el maximato de Carlos Salinas de Gortari que éste pensaba inaugurar con la presidencia del sonorense Luis Donaldo Colosio Murrieta (Q.E.P.D).

Así como hay quienes de otras partes de la patria llegaron a morir a Tijuana y Baja California, también hay quienes han llegado a vivir y trabajar. Un grupo muy visible es el de oaxaqueños que a sí mismos se llaman *oaxacalifornianos*. Es curioso, Ricardo Flores Magón era de Oaxaca, pero ya no le tocó ser *oaxacaliforniano*. Flores Magón ni siquiera murió en la Alta California, sino en Kansas, unos años después del fin de la Primera Guerra Mundial y luego de deambular por prisiones norteamericanas como si de un delincuente o narcopolítico extraditado -no norteamericano de nacimiento- se tratara. Quien sí murió cerca de Tijuana, en un hospital de La Jolla, California, fue el ex presidente y empresario Abelardo L. Rodríguez en 1967; a su funeral asistió el mismo presidente Díaz Ordaz, un año antes del movimiento de 1968, movimiento con el que se solidarizó el ex presidente Lázaro Cárdenas tal como consta en los hechos y en su testamento político de 1970. Y antes, durante la Segunda Guerra Mundial, mientras el general sonorense Abelardo L. Rodríguez despachaba como gobernador de

Sonora, el general michoacano Lázaro Cárdenas comandaba la región militar de Ensenada, Baja California, donde, por cierto, también hubo cantinas y hasta un casino lujoso en tiempos de Agua Caliente.

Viajando por carretera de Tijuana a Ensenada...

En la entrada al puerto se localiza una población denominada El Sauzal de Rodríguez, en honor a un general que contaba con una mansión por aquí.

Pero ya hace hambre; regresemos a Tijuana...

Ya vimos que en Tijuana, desde que existe (la ciudad), se toma mucha cerveza, pero esto no es característico sólo de Tijuana, ni siquiera de la patria mexicana. Si la cocina es un proceso cultural, como dijo el antropólogo, y si el hombre es lo que come, como antes dijo un filósofo, se entiende *ipso facto* que una pregunta que respecto a Tijuana realizan las personas que no la conocen (pregunta genérica que siempre se hace respecto de los lugares que uno no conoce en lo más mínimo) sea ¿qué comen ahí? o ¿cuál es la comida tradicional en dicha población?

Más de un tijuanaense, de nacimiento o por elección, debe haberse atragantado si le realizaron la pregunta anterior en una mesa servida

que no era la de Tijuana ni la de Otay. Al menos uno se atragantó, de seguro, y también se preguntó en silencio ¿cuál es esa comida tradicional? Uno podría decir, o lo dijo, que no la tiene, que no hay tal comida tradicional de Tijuana y que ahí se come de todo. Esto es una media verdad y nadie se llena o conforma con una media verdad. Otros superficialmente muchas veces dan una respuesta que es falsa o que engaña con la verdad: “la comida tradicional de Tijuana es la ensalada César”. Es cierto que esta ensalada tiene su origen en Tijuana, allá por la década en que la Avenida Revolución contaba con la famosa Ballena más grande del mundo, pero hasta ahí: un ahí en el cual no es lo habitual comer esa ensalada, ni siquiera en festividades, y donde la inmensa mayoría de la población probablemente nunca ha comido la mentada ensalada.

La comida tradicional de Tijuana son los tacos. Cualquier mexicano, en cualquier parte de la patria, podría interpelar a quien hace esta afirmación diciendo que los tacos son tradicionales en todo México. Pero bueno, ésta también es una verdad que hay que matizar. Efectivamente, los tacos son tradicionales en todo México, pero los tacos de Tijuana no se comen más que en Tijuana y, si se quiere, en los alrededores geográficos. Los tacos de Tijuana están muy limitados geográficamente en este país, mientras que una ensalada César (para variar culinariamente también podría ejemplificarse o contrapuntarse con



unos tacos x) cualquiera, mexicano o extranjero, la come en un hotel o restaurante de San Miguel Allende, Cancún o de las cercanías del Zócalo capitalino (y en el Estadio Azteca tomaría cerveza), incluso en muchas partes del mundo, pero en todas éstas sabe prácticamente igual la ensalada César.

La pequeña aclaración culinaria contenida en los párrafos anteriores conlleva algo más. Al ser Tijuana un crisol donde inicia la patria, donde llega tanta gente de toda ésta, su comida tradicional es toda la comida de la patria misma; de aquí el origen de una afirmación o respuesta anterior: ¡se come de todo! Este todo va, hasta cierto punto culinario y geográfico, más allá de la patria mexicana. En Tijuana no sólo empieza la patria mexicana, sino también algo más grande o amplio: la patria latinoamericana.

Hasta aquí sólo me resta parafrasear a un político mexicano, no necesariamente *centrista*, refiriéndose a otra geografía (latinoamericana): “Pero no me crea nada, mejor vaya a Tijuana”.

Ciudad de México, noviembre de
2011.

